



NUEVA RELACION,
EN QUE SE DECLARA EL TRIUNFO
DE SAN JORGE.

PRIMERA PARTE.

EL orbe se atemorice,
y se quebranten las peñas,
bramen con ira los ayres,
y estremézcase la tierra,
los astros pierdan su rumbo,
no amanezcan las estrellas,

lloren plantas y animales,
los vivientes mueran, mueran.
Mas ay de mi, que el dolor,
al referir esta empresa,
suspende el curso à la pluma,
y mi pulso titubea!

Pe-

Pero yo de qué me espanto,
si apelo à la providencia
de la soberana Madre,
de Desamparados Reyna,
y al valeroso San Jorge,
para que mi amparo sean?
Y así empecemos la historia;
todos con cuidado atiendan.
En la insigne Capadocia,
junto al lago de Cilena,
de las corrompidas aguas
se crió un monstruo, una fiera,
un formidable dragon,
que horroriza su braveza,
tan feroz y tan crüel,
que ni las historias cuentan
de otro igual, ni los anales,
ni los gentiles Poetas.
Con ayuda del demonio,
de que algun provecho espera,
fue creciendo este dragon,
y llegó à tal su braveza,
que saliendo cada dia
de su lóbrega caberna,
destruía los ganados,
y perseguía otras bestias;
y cogiendo descuidado
algun pastor (ó qué pena!)
lo devoraba, dexando
su cruel hambre satisfecha.
Y si no encontraba acaso
en los prados ó en las selvas
con que saciar su apetito,
à lo poblado se llega,
para asaltar la ciudad,
y satisfacer su hambrienta
voracidad con los hombres,
hasta saciar su adetencia.

Pero como las murallas
excedian à sus fuerzas,
subir à ellas no podia,
y por la gran pestilencia
que por sus fauces respira,
les causa tanta molestia,
que les priva los sentidos;
y entre aflicciones y penas,
cansado ya de esperar,
se vuelve el bruto à su cueba.
Consideren los oyentes
al pueblo en tantas tragedias,
cautivos en la ciudad,
y sin poder salir de ella.
Mas ay, y qué confusion!
à cuánto el trabajo llega!
Juntáronse los vecinos
para matar esta fiera:
todos juntos determinan
salir en forma de guerra;
sale la confusa tropa
todos con armas y piedras;
luego el hambriento dragon
sale de su obscura cueba:
empiezan à tirar tiros
con arcos, flechas y piedras,
sin causarle el menor daño;
porque la naturaleza
le dió un vestido de conchas
y unas escamas tan fieras,
que los tiros retroceden,
sin causarle alguna mella.
En fin viéndose perdidos,
huyen todos con presteza,
y à los que van mas pesados,
luego les coge la fiera,
quedando victimas hechos
de su atrocidad horrenda.

Va-

Varias veces repitieron
el querer formarle guerra,
quedando siempre vencidos
al rigor de su braveza.
La gente desengañada
de lo débil de sus fuerzas,
y viendo que el fiero bruto
solo intentaba hacer presa,
quando el hambre le acosaba,
y luego que su avarienta
ambicion queda saciada,
parte ligero à su cueba,
sin causar el menor daño,
ni salir de su caberna,
determinaron dexar
junto à la lóbrega cueba
mucha cantidad de carne,
para que allí se mantenga,
y en esto quede su gula
bien harta y bien satisfecha;
y haciéndolo así, podian
mal cuidar de sus haciendas.
Algunos dias pasaron
alimentando à la fiera
con sus caballos y mulas,
bueyes, carneros y ovejas;
mas viendo que daba fin
con los brutos y las bestias,
todos juntos determinan,
y en conformidad acuerdan
alistar à los vecinos,
y al que por suerte le quepa,
víctima ofrecida al punto
para el fiero dragon sea.
Por tanto tiempo duraron
estas crueles ofertas,
que mas de la mitad faltan
de esta oprimida asamblea.

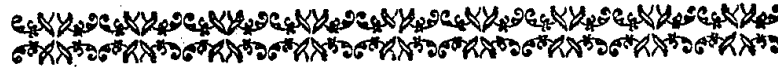
Contemplan los que me escuchan
las congoxas y las penas
que esta pobre gente sufre
en medio de sus tragedias.
O suerte infausta, que así
à estos pobres atropellas!
Qué triste saldria el sol!
qué eclipsadas las estrellas!
qué confusion! qué lamentos!
qué sobresaltos y penas!
Pero entre tantos desastres
no paró la suerte adversa,
no amaynó la tempestad,
sino que antes mas se aumenta.
Cayó (Jesus, qué desgracia)
el sorteo à la Princesa,
la dama mas celebrada,
la mas hermosa y mas bella
de quantas el orbe todo
en su continente encierra,
y à mas de sus perfecciones
era única heredera,
y con ella se acababa
la sublime estirpe regia.
Dentro de muy breve rato
llegó à su padre la nueva,
que por su infausta desgracia
ha de morir la Princesa.
Considere aquí el curioso
la Princesa entre miserias,
al padre entre sus congoxas,
todo el palacio en tormenta,
las damas entre sollozos,
la familia entre su pena;
en fin quien sepa de males,
infiera la consecuencia,
y verá que el mayor mal
le compete à la Princesa.

In-

Infeliz de mí (decía,
vertiendo sus ojos perlas)
yo criada con regalos,
tratada como quien era,
y permite mi fortuna,
que desdichada me vea
víctima de aquel dragon,
y pasto de aquella fiera!
O quién no hubiera nacido
para ver tantas tragedias!
Queridos vasallos míos
(exclama de esta manera)
no hay remedio para mí,
sino que del cielo venga!
Procura su amado padre,
si no por grado, por fuerza,
librarla de los vecinos,
aplicando su elocuencia.
Respondió el pueblo, diciendo:
la ley à nadie respeta;
todos somos obligados,
y así es preciso que muera.
Triste y afligido el padre
se fue à buscar la Princesa,
tiernos abrazos le daba,
por ser la vista postrera.
Aquí el aliento les falta,
el sentimiento se aumenta,
mira la Princesa al padre,

los dolores se acrecientan,
y absorro entre parasismos
la dice de esta manera:
à Dios, prenda de mi vida,
principio y fin de mis penas,
levanta al cielo los ojos,
y en ti misma considera,
que pues no encuentro remedio,
venga ya lo que Dios quiera;
y mira que si los hados
lo determinan y ordenan,
no dudes que quedar quiere
la divina Omnipotencia
desagraviada del pueblo,
y en un todo satisfecha;
pues muriendo así, serás
nombrada en toda la esfera,
te consagrarán altares,
y serás Diosa en la tierra.
En fin se despidió el padre,
dexándose à la Princesa
anegada en mar de llanto,
pues al desdicha la espera.
La angustia en que se hallaría,
con atención considera,
mientras la segunda parte
le da fin à la tragedia
de Arcione, que es el nombre
de la afligida doncella.

F I N.



*Con licencia : en Valencia por la Viuda de Agustin
Laborda , vive en la Bolseria.*